

## Enséñame a Quererte



Cuando anunciaron por el sistema de sonido que estaban próximos a aterrizar, dio un inmenso suspiro de alivio. Seis horas de Cali a Santiago y un viaje cansón y sin fin de otras catorce hasta Sydney, había sido demasiado tiempo encerrada en esa caja voladora, empacados como sardinas.

Por la ventanilla del avión pudo distinguir la línea costera, las playas y los primeros suburbios de Sydney. Eran las seis y treinta de la mañana y el sol ya había salido, iluminando un esplendoroso día de primavera. Pudo distinguir el hermoso puerto de la ciudad, el famoso puente y la *Opera House*, bien conocidos por las fotos que Felipe le había mandado.

Pensó con cariño en sus padres y hermanos que quedaban atrás, preocupados por la hija que un día había decidido aventurarse a iniciar una nueva vida en un país extraño, uniéndose a un hombre que nunca les había gustado.

Cinco años antes, cuando él decidió viajar a Australia, ella le había prometido que lo seguiría para casarse con él y vivir el resto de su vida juntos. Fue un amor epistolar sostenido por los tenues medios electrónicos de los *e-mails*. Solo le preocupaba que, a medida que la embajada australiana de Chile le demoraba los trámites de la visa, el tono de sus mensajes se hacía menos apasionado y más impersonal. A veces le parecía ver claves secretas en ellos que le daban a entender que Felipe no deseaba que ella viajara a Australia.

“Bueno, aquí estoy, lista a iniciar una nueva vida, soy una persona capacitada, he estudiado el inglés, no creo que tenga problema para encontrar un buen puesto y sé que Felipe me quiere y me va ayudar a organizarme aquí. Nos casaremos y nuestros sueños se harán realidad”.

El avión se sacudió cuando tocó tierra y luego se deslizó por la pista, recorrió las vías de carreteo y se detuvo en la puerta correspondiente del terminal, para que los pasajeros se bajaran con su carga de sueños e ilusiones.

\* \* \* \* \*

Mientras manejaba excediendo el límite de velocidad, Felipe pensaba: - “Maldita sea, me quedé dormido. Ya el avión debe estar aterrizando y Alexandra no me va a encontrar. Son las seis y media de la mañana y todavía no llego a la autopista. Al menos allá puedo ir más rápido”.

Como si fuera jugador de fútbol driblaba los carros por la izquierda o por la derecha, por cualquier espacio que encontraba para pasárselos.

“Hoy que era el día más importante. Hoy que debía confrontar a Alexandra para contarle lo que no he sido capaz de hacer en los dos últimos años. Decirle que le he mentado, que la soledad es muy dura de llevar y que por eso me casé hace dos años con una australiana y que tenemos un hijo. Yo creo que ella lo va a entender, un hombre solo aquí en Australia. Una buena chica que me ayudó mucho para organizarme, que me enseñó el inglés, que me consiguió trabajo con sus familiares, y todo lo hizo por amor, sin ningún interés. Bueno, espero que Alexandra sea

comprensiva. No fui capaz de decirle nada antes para no dañarle el viaje. Al fin y al cabo ella estaba muy ilusionada y era injusto contarle la verdad. Ella es una mujer muy inteligente, bien preparada y de mucho empuje. Estoy seguro que va a sentirse mal por unos días, pero después saldrá adelante”.

Tuvo que frenar bruscamente cuando el carro que iba delante de él disminuyó la velocidad para parar en un semáforo. -“A estos estúpidos debían quitarle la licencia por entorpecer la vía. Habíamos podido pasar sobrados”.

Cuando la luz cambió a verde, Felipe arrancó y haciéndole el quite al otro vehículo, siguió a la velocidad máxima que le permitía el tráfico que ya se hacía pesado por la hora. Cuando finalmente se aproximaba a la autopista M5 para tomar la vía del aeropuerto, estando a unos quince metros del siguiente semáforo, éste cambió a amarillo. Felipe impaciente dijo una maldición e instintivamente aceleró.

No tuvo tiempo de evitar el carro que avanzaba por la otra vía, chocaron estrepitosamente, dieron vueltas en el aire y finalmente quedaron en reposo completamente destrozados.

\* \* \* \* \*

Cuando le correspondió el turno en inmigración, Alexandra sufrió la primera contrariedad. Una persona de ademanes rudos y abriendo a duras penas la boca le habló en un lenguaje que le sonó a todo, menos a inglés. Más por intuición que otra cosa, abrió sus maletas para la requisa. Sin la menor consideración, le revisaron minuciosamente todas sus pertenencias, luego le hizo señas de que podía salir.

“Por lo visto perdí mis tres años de estudios en el Colombo-Americano, porque no entendí ni jota de lo que me dijeron estos tipos de inmigración” pensó Alexandra.

Al salir a la sala de recepción, buscó la cara de Felipe entre la gente que esperaba a los pasajeros. Cientos de personas se aglomeraban en torno a las salidas; abrazos, besos, gritos de felicidad. Nerviosa buscaba ese rostro ansiado entre la multitud, mientras caminaba mirando a izquierda y derecha, esperando oír su nombre desde alguna parte.

Caminó el terminal lentamente de un extremo al otro, empujando el carrito con sus maletas. Se devolvió hasta la puerta por donde había salido. Recorrió el edificio otra vez, nada, Felipe no estaba por ninguna parte. Su rostro reflejaba preocupación y decepción de no encontrar a su novio esperándola.

“Quizás no recibió mi mensaje o ha tenido algún problema” pensó mientras buscaba una silla para sentarse. Con una mano en la barbilla y confundida miraba alrededor con la ilusión de que él iba a llegar de un momento a otro. Después de varios minutos, decidió recorrer el terminal nuevamente, sin resultado alguno. Cuando regresaba hacia las sillas, hacia un lado escuchó palabras en español. Creyó que estaba soñando. Era su amado idioma y el acento era argentino, sin duda alguna. Sin vacilar, se dirigió a las personas que conversaban.

—Perdónenme señores por interrumpirlos, pero necesito ayuda.

—Pero por favor, señorita, ¿en qué podemos ayudarle!

—Parece que la persona que debía esperarme no pudo venir, ¿me podrían decir si esta dirección queda lejos de aquí?

Un hombre de mediana edad y rostro agradable, leyó la dirección y le dijo:

—Es en Liverpool, y está bastante retirado del Aeropuerto. Pero no se preocupe, mi hermana está por llegar, déme un tiempo para recibirla y luego vemos cómo podemos ayudarla. A propósito, mi nombre es Ricardo y quien me acompaña es mi cuñado Jorge. A lo mejor su amigo llega mientras nos espera.

—Muchas gracias yo soy Alexandra y vengo de Colombia.

—¡Ah Colombia! yo estuve por allá hace unos años. Qué país tan lindo el que tienen ustedes. Es maravilloso. Bueno si no es molestia, espérenos aquí que nosotros volveremos a buscarla cuando llegue mi hermana.

Media hora más tarde se reunieron. Después de las presentaciones acordaron dejar al matrimonio en la casa y Ricardo le prometió a Alexandra que le ayudaría a localizar a su amigo.

Mientras viajaban del Aeropuerto a la ciudad, ella les contó las razones de su viaje y cómo estaba de triste de que Felipe no la estuviera esperando. Era realmente muy deprimente sentirse sola y perdida en tierra extraña sin conocer a nadie. Ricardo la reconfortó diciéndole que no había de qué preocuparse y que pronto se reuniría con su novio.

Una vez que dejaron a su hermana y cuñado en la casa, Ricardo se dirigió a su apartamento localizado en un suburbio al norte de la ciudad. Allí le pidió el número del teléfono de Felipe a Alexandra. Llamó y después de varios minutos de hablar con alguien, colgó y le informó que él ya no vivía allí. Se había cambiado de dirección hacía unos tres meses y la persona que contestó, no sabía de él.

—No se preocupe Alexandra, yo voy a ayudarle a localizarlo. Él debe estar en algún sitio aquí en Sydney, mientras tanto vamos a salir a almorzar y eso le servirá para que se relaje y descanse un poco del viaje. Puede quedarse por unos días aquí en mi apartamento, hay espacio suficiente en la otra alcoba para que se organice.

Cuando almorzaban Alexandra se acordó de la dirección electrónica de Felipe y le sugirió a Ricardo que podrían localizarlo a través del Internet. Efectivamente, minutos más tarde le enviaron un e-mail, dándole toda la información para que los contactara.

Transcurrieron varios días y, a pesar de repetir el llamado a través del Internet, la ansiada respuesta no se produjo. Ricardo preguntó a varios amigos que vivían en el área de Liverpool, formó una red de contactos con algunos colombianos, pero todas las averiguaciones fueron inútiles. Felipe se había desvanecido.

\* \* \* \* \*

Sentada en su elegante oficina del Hotel Hilton, Alexandra pensaba en lo afortunada que había sido al encontrarse con Ricardo en el aeropuerto. No solo había removido mar y cielo tratando de localizar a Felipe, quien nunca apareció, sino que la ayudó a organizarse en Sydney. Atrás habían quedado las dificultades con el inglés, la había puesto en contacto con personas en el hotel y ahora desempeñaba las funciones de gerente de servicios. La vida era color de rosas por el

momento, sin embargo siempre una sombra cruzaba por su mente cada que se acordaba de Felipe. ¿Qué le habría pasado? A pesar de todos los esfuerzos nunca supo de él.

Recibió una llamada telefónica, era Ricardo que la invitaba a cenar en uno de los restaurantes del *Darling Harbour*. Mientras atendía varias diligencias de trabajo, Alexandra pensaba en él; era una persona encantadora, amable, simpática, buen mozo, sin embargo era un poco reservado y sabía muy poco de su vida. Él la había invitado a que se quedara a vivir en el apartamento y compartieran los gastos. Siempre fue muy respetuoso con ella y, aunque la vida en común algunas veces hacía que se vivieran momentos incómodos, como un encuentro en ropas menores o una entrada inoportuna al baño, él jamás le había hecho ninguna insinuación o un comentario de mal gusto. Se sentía contenta y segura al lado de él.

Como habían acordado, a las siete de la noche se encontraron en un acogedor sitio y para sorpresa de Alexandra, Ricardo le entregó un hermoso ramo de rosas rojas.

—¿Y estas rosas? – preguntó ella.

—¿No te acuerdas? Hoy hace exactamente dos años que nos conocimos.

Lo miró sonriente y agradecida por el detalle. Él se le acercó y le dio un beso en la mejilla, deslizando suavemente su rostro hasta tocar levemente sus labios. Alexandra sintió una sensación perturbadora y, sin decir palabra, aceptó la mano de Ricardo quien la invitó a sentarse.

Fue una cena exquisita, acompañada por un excelente vino recomendado por el mesero. Unas cuantas lámparas y una suave música ambiental, le daban un ambiente de intimidad y romanticismo a la velada.

Después de conversar mucho rato, Ricardo llevó su mano a la chaqueta y le mostró a Alexandra una cajita de joyería, abriéndola, sacó un hermoso anillo de compromiso. Alexandra se quedó petrificada. Jamás se le había ocurrido que algo como esto fuera a ocurrir. ¡No con Ricardo! Él jamás le había demostrado algún sentimiento que fuera más allá de la amistad. Nunca un piropo, o una mirada que insinuase algo. Se sintió confundida y sin saber qué decir. Aunque se sentía muy atraída hacia él, nunca se le había ocurrido pensar que él estuviera enamorado de ella.

Toda la ayuda, todos los detalles para que se adaptara a este nuevo país, el empuje y coraje que le dio para superar los temores de inmigrante y aprendiera bien el inglés. Su alegría cuando consiguió el puesto en el hotel y la gran celebración por sus triunfos laborales hasta llegar en unos pocos meses el nombramiento como gerente de servicios del Hotel Hilton, uno de los más grandes y famosos de la ciudad.

Ricardo le dijo:

—Entiendo tu sorpresa, no me respondas por el momento. Yo guardaré el anillo hasta el día que tú me digas que lo aceptas. Mientras tanto escucha lo que voy a decirte acerca de mi vida.

Mis padres me trajeron a Australia cuando yo tenía diez años, en el año 1972. Mis recuerdos de Argentina son muy borrosos, sin embargo siempre estuve vinculado con la comunidad y hablo perfectamente el español y el inglés. Como sabes, soy ingeniero civil y ocupo una posición muy buena en una compañía constructora.

Me casé muy joven, a los veinticuatro años, con una mujer a quien amé profundamente y, después de cinco años de matrimonio, la sorprendí en la cama con uno de mis mejores amigos. Durante muchos años viví con ese ingrato recuerdo. Creí que jamás volvería a amar a otra mujer, hasta que te conocí a ti.

He sufrido enormemente durante estos dos últimos años, teniéndote a mi lado día a día. Viéndote a cada momento y a la vez pensando si lo mismo podría volver a ocurrir, que un buen día tú encuentres a Felipe y yo vuelva a quedarme solo con mis tristes sueños de felicidad. Te amé desde el momento que te vi en el aeropuerto, aunque sinceramente intenté localizar a Felipe, en el fondo de mi corazón siempre deseé que nunca apareciera para que no te fueras de mi lado. Me da pena hacerte esta confesión, pero es la verdad, te amo con todo mi corazón.

Sin pronunciar palabra, Alexandra le dio a entender a Ricardo que era hora de marcharse. Durante el viaje, absorto en sus pensamientos, ninguno de los dos dijo una palabra. Esa noche ella no pudo dormir, imágenes de Felipe y Ricardo giraban en sus pensamientos y la llenaban de confusión sin saber qué hacer. ¿Seguía esperando? ¿Hasta cuándo? ¿Quería a Ricardo? No lo sabía.

A partir de ese día, él salía temprano y regresaba tarde tratando de darle espacio y tiempo a Alexandra para que pensara en su propuesta. Ella trataba de mantenerse ocupada, sin embargo los dos hombres en su vida estaban en su pensamiento permanentemente.

Unos seis meses más tarde, Alexandra recorría el moderno centro comercial de *Hornsby* cuando, al salir de un almacén, se encontró de frente una pareja: Felipe en una silla de ruedas y una mujer que era muy atractiva por cierto, empujándolo. Les acompañaba un niño de unos tres o cuatro años de edad.

—¡Felipe, Felipe! cómo estás, qué te pasó, cuéntame.

Él la miró con indiferencia, en sus ojos no había emoción o sentimiento alguno.

—¿Lo conoce usted? preguntó la mujer en inglés.

—Sí, claro, es un amigo de mi familia en Colombia -dijo Alexandra mintiendo un poco.

—Yo soy su esposa, y me llamo Sharon, y éste niño es John, nuestro hijo -respondió la señora.

—Perdone pero Felipe no la puede reconocer, sufrió un accidente de tránsito hace dos años y medio cuando iba para el Aeropuerto a recibir un amigo, tuvo lesiones muy graves que lo dejaron en coma por dos meses, quedó paralizado y jamás recuperó su memoria.

—Cuánto lo siento, señora -dijo Alexandra.

Deseosa de conocer los detalles del accidente y la vida de Felipe en Australia, invitó a Sharon a un café, cosa que ella aceptó con gusto. Conversaron largo rato y conoció todos los pormenores de la vida de Felipe, cómo se habían conocido estando él recién llegado de Colombia, su trabajo en una empresa de la familia, su noviazgo y posterior matrimonio. Le contó también sobre el accidente cuando Felipe viajaba al aeropuerto a recibir, según le había dicho, a su mejor amigo en

Colombia, a quien había animado para que viniera a este país a organizarse. Finalmente se despidieron y Alexandra se dirigió a la estación del tren para regresar a casa.

En el trayecto de regreso, Alexandra entendió perfectamente el distanciamiento de Felipe en su correspondencia con ella, se había casado y le había mentado. No tuvo el coraje de decirle la verdad, ni ella había sabido interpretar sus mensajes. Sus dudas empezaban a despejarse, cerró los ojos y vio cómo la imagen de Felipe se diluía poco a poco y la de Ricardo se afirmaba y tomaba completa posesión de sus pensamientos. Se sentía tranquila porque en su corazón empezaba a germinar un nuevo sentimiento.

Al bajar del tren, decidió bajar hasta el puerto y en uno de sus parques, con la tranquilidad que nace al contemplar una de las bahías más hermosas del mundo, organizó sus pensamientos y sentimientos y decidió que era la hora de dar una respuesta.

Esa noche, cuando Ricardo entró a su alcoba, encontró una nota sobre su cama. Decía así:

*“Acepto el anillo. Ven,...enséñame a quererte.”*

Humberto Hincapié

Kariong, Enero del 2005